

Ruidos en el silencio

Francisco José Stevan

Image not found.

Capítulo 1

Hay quienes consiguen placer a través de los sonidos y hay otros que viven gracias a lo que pueden oír. Así como la visión es por las luces, los sonidos son por las vibraciones del aire. Estas son recibidas por el oído que las decodifica y las convierte en lo que escuchamos. En un extremo podemos hablar de las vibraciones de un tambor, fuertes y amplias, por lo que es fácil que un oído las reciba, pero, en el otro extremo, podemos mencionar el vuelo de una mariposa, que es tan inaudible que su acción lleva a la creación de la metáfora del Efecto Mariposa. Sobre el destino y el desencadenamiento de las acciones no sé mucho, sin embargo, sobre sonidos soy de los que han dedicado sus vidas aún mientras sienten placer en ellos.

Siempre me he jactado de tener un excelente oído y ha sido tanta mi obsesión a este don particular que ahonde en él en diferentes y variados usos: desde música hasta el estudio de aves e insectos, así como también a muchos otros experimentos más particulares y muchas veces inusuales. Llevaba ya décadas trabajando con sonidos y mis títulos universitarios relacionados se han acumulado tanto que puedo dedicar mi tiempo a lo que yo prefiera. Tenía el oído tan acostumbrado que se ha vuelto una herramienta tan sensible que facilitaba aún más la distinción y percepción de vibraciones más exactas. Claro está que no podía oír el aleteo de una mariposa sin utilizar los aparatos necesarios, pero eso ya va más allá de las capacidades de un humano y estaba seguro que el sueño de oírlas por mí mismo sería irrealizado toda mi vida.

Pero en un momento se produjo un gran cambio que afectó toda mi vida. No sé cuándo comenzó. De un día para el otro descubrí que mi oído se había vuelto más sensible de lo usual, tan sensible que podía escuchar cosas con una claridad que supera la realidad y parecía de ficción. Podía escuchar perfectamente los murmullos de las personas y hasta distinguir la respiración de cada uno. Como consecuencia empecé a tener problemas al hablar, ya que como mi capacidad para escuchar se aumentó, el volumen de mi voz disminuyó debido a que me escuchaba ya con lo mínimo. Las quejas no fueron pocas, pero me agrada aclarar que nunca fui alguien de muchas palabras, pues como ya dije anteriormente soy de los que disfrutan y viven de escuchar, en consecuencia, soy los que prefieren callar para escuchar mejor. A este cambio poco natural lo asocié con la posibilidad de que sea una aflicción de mis oídos debido a un exceso de trabajo, que con un poco de reposo se pasaría y eso sin desearlo, ya que realmente disfrutaba de este inesperado suceso.

Lo hablé con un médico especialista que conocía y me dijo que lo más probable es que yo tuviera la razón en cuanto que no fuera más que una inflamación del órgano receptor que volviera más sensible su capacidad. No había ninguna certeza, pero yo estaba muy feliz con este cambio. Me

sobreexcitaba ante la pequeña señal de cambio de un sonido que anteriormente percibía de una manera y ahora podía distinguir de sonidos de la misma cadencia o intensidad con una claridad que me parecía inédita. Sin dudarlo, y a pesar de las advertencias de mis médicos y conocidos, me inundé en nuevas investigaciones y tesis sobre las nuevas variaciones en los sonidos que nadie más que yo podía percibir. Esta aflicción la nombré casi en glorias como un síndrome con mi apellido y en lugar de verlo como una enfermedad lo vi como un avance en la evolución de la humanidad. Realmente lo disfruté por mucho tiempo, especialmente porque en lugar de bajar, la sensibilidad aumentó.

A partir de mis trabajos con universidades y centros de investigaciones, mi vida siempre había girado en la ciudad, a pesar de que mis aventuras a lugares exóticos han sido varias. Siempre me sentí un poco disgustado por el ruido producto de la creatividad humana que sobrepasa la capacidad sonora de la vida natural no humana. Prefería la noche o la mañana temprana, cuando los fríos acechan sin vergüenza, ya que la actividad de ciudad es mínima y se pueden escuchar las aves con mucha claridad. Mas, la vida diaria y de trabajo no corresponde mis sentimientos, ante lo cual pronto sufrí otra consecuencia de mis alteradas percepciones sonoras. Los ruidos de la ciudad eran insoportables.

Incluso la noche perdió su calma, al tener un oído tan sensible que escuchaba los ronquidos de mis vecinos; de día podía suprimirlo, escuchaba música a un sonido suficiente para que interfiera en todo ruido exterior, pero cuando eso ya no era posible, todo sonido era molesto. Porque no eran sonidos que me interesaran, no me daba curiosidad saber las conversaciones de los que viven a mi alrededor, ni mucho menos escucharlos tener relaciones. Ya personalmente me molestaba que alguien viniera a hablarme, debido a que los escuchaba como si me estuvieran gritando desde al lado, cuando lo cierto es que bien podía tenerlos a diez metros murmurando y para mí en ese momento era lo mismo. Sin hablar de las bocinas de los autos, eso era un infierno; hubo una vez que caminaba por la calle cuando un auto enfrente de mí tocó la bocina al auto de delante y yo ya no recuerdo lo que sucedió en los próximos diez minutos, siento tan grave el mareo que me produjo el pitido. Ahora sé lo que deben sentir aquellos que escucharon explotar una bomba a solo unos metros y eso que solo fue una bocina. Por eso, en consecuencia de mi inaptitud para vivir como humano debido a mi maravillosa condición de ser evolucionado, decidí irme a vivir a la naturaleza, alejado de todos estos sonidos molestos, de humanos y de cosas humanas.

No se le puede considerar campo, aunque tampoco se le pueda considerar plenamente un bosque. Tal vez sea una combinación de ambos, ya que mi nuevo edificio de vivienda se encontraba alejado de las ciudades y tenía muchos árboles nada exóticos, por lo que era una especie de bosquecillo en el campo, si es que a eso se le puede considerar un término apropiado. Era una casona hermosa, elegante, segura, con ningún sonido de madera

o de puertas que rechinan; incluso me aseguré que las manillas de las puertas no hicieran más que el sonido mínimo del pestillo. Allí podría al menos no desmayarme al ruido más fuerte. O al menos, eso creía hasta que mi sensibilidad volvió a aumentar. La emoción fue tan buena como mala y el placer se volvió morbo.

Mi propia respiración era molesta, ante lo que procuré unos tapones al menos para dormir. Por suerte es más fácil escuchar la respiración de otro debido a que las vibraciones de este sonido particular se emiten hacia delante y nunca hacia atrás. Pero a fin de cuentas, lo que más me molestaba era otra cosa: en mi jardín, aunque válgase decir que yo no era dueño de ninguno de esos árboles o plantas, había muchas mariposas. Frente a eso mi cabeza solo podía pensar en algo: quiero escuchar el revoloteo de una, al menos una vez. Claro está que revoloteos de alas escuchaba muchos debido a mi capacidad aumentada y casi de máquina. Podía escuchar mariposas, pero era tanta mi percepción que los ruidos chocaban y no podía distinguir uno de otro. Practiqué y practiqué hasta poder ser capaz de concentrarme en un único punto, siendo capaz de distinguir las vibraciones de una dirección casi exacta. Y mi sueño se realizó: oí una mariposa con claridad que supera la tecnología que jamás ha sido creada, puesto que el sonido era puro, directo y no amplificado por esas creaciones humanas. Ojala no hubiera sido una mala decisión.

La sensibilidad de mis oídos ya me estaba dando problemas y mi entrenamiento no hizo más que aumentar esa capacidad de recepción de vibraciones. En la ficción, mis oídos hubieran explotado, pero lo cierto es que al parecer no era una inflamación. Tampoco puedo creer que fuera magia debido a mis sueños y aspiraciones. No, fue algo muy extraño que supera todo lo conocido anteriormente. Mis oídos aumentaron sus percepciones casi hasta la perfección, mas esta percepción superó el límite de lo que un humano común puede soportar. Ni mis oídos, ni ninguna otra parte de mi cuerpo, no se vieron afectados como una especie de globo de sangre que explota, pero lo cierto es que superaron el límite de mi resistencia. Fue algo que me hizo muy feliz y finalmente me hizo sentir realizado; ahora que lo pienso también cambió mi forma de ver los sonidos, o de pensarlos al menos. Me costaba tanto mantener la cordura que llegué a la conclusión de que si quería seguir viviendo no era necesario seguir escuchando.

Me extirpé los oídos y ya no escucho más. Mis dedos andan por el teclado, los siento, pero no los oigo. Disfruté de mi oído al punto de que lo lleve a un extremo demasiado alejado de lo que debería haber hecho un humano. Ahora vivo en medio de la ciudad casi tan tranquilamente como si estuviera en el Ártico. Y tengo que admitir que en estos últimos años descubrí que también hay cierto placer en el silencio.